

NILREM

–Añade un poco más de esencia de sauce –indicó el anciano Nilrem a su discípulo.

–¡Maestro –dijo éste–, parece que lo estamos consiguiendo, está intentando recordar algo..! ¡No, no, se despista, tiene demasiadas cosas en la cabeza!

El ambiente del lugar era claro y diáfano. La estancia estaba iluminada por gran cantidad de luz, que provenía del exterior. En esto también se diferenciaba el brujo Nilrem de sus otros colegas; siempre entre tristes y oscuros rincones. Nilrem siempre pensó que en su trabajo de transmitir ideas y pensamientos que guiasen a los seres que tenía a su cargo, debía estar siempre presente la luz; la luz, como símbolo de claridad, transparencia y fluidez.

En un enorme perol vertía plantas, esencias, elixires y aromas, que removía con una gruesa estaca de madera de olmo. Después, y tras dejarlo reposar, sobre la superficie del recipiente veía reflejaba la vida de las personas que estaban bajo su protección.

Nilrem se sentó a meditar. Llevaba un mes tratando, en vano, de trasladar una preciosa idea a Oscar; la que él más necesitaba en estos momentos. A veces, el anciano buscaba transmitir ideas muy elaboradas, pero en esta ocasión tan solo iba a ser una palabra. Oscar debería hacer el resto. El método era arriesgado, ya que después de la transmisión del pensamiento, aún una vez perfectamente instaurada la idea en la mente de la persona, siempre había muchos obstáculos que iban haciendo perder fuerza a la idea original. Este curioso mundo de transmisión de pensamientos e influencias tenía pocas reglas, pero la principal de ellas era que cuanto más simple fuese la idea transmitida, más potentes podrían ser los efectos causados por ella.

Pensó Nilrem, cuánto le gustaría que la cadena de inspiraciones se prolongase hasta el infinito y alguien, a su vez, pudiese guiarle también a él en estos momentos. ”Bueno –se dijo–, y quien me dice que esto realmente no funciona así también para mí. Yo también me siento despistado y perdido de vez en cuando. Y también siento cómo la inspiración llega hasta mí.”

–Ya sé –dijo a su discípulo–, recurriré a los sueños. ¿Recuerdas..? Hace tiempo era muy fácil llegar hasta él durante sus sueños. Una ramita de hinojo, unas semillas de avena y unas hojas de albahaca. Con esto bastará.

Oscar despertó con suavidad. Normalmente era su radio reloj el que le ayudaba a superar este trance, pero hoy su despertar natural se le había adelantado. Recordaba perfectamente su último sueño; había despertado con él. “Creo que debo profundizar en este sueño –se dijo–, tiene algo de especial”. La música del radio reloj comenzó a sonar en ese instante y Oscar puso en marcha su ordenado ritual de cada mañana. Cuando terminó de desayunar, su sueño ya era cosa pasada. Sabía que le había parecido importante. Intentó recordarlo, pero le fue imposible. ”Bueno, otro día será –pensó–, otro día intentaré estar más atento y que no se me olvide, sin más, de nuevo”.

Nilrem se apercebó enseguida de este nuevo intento fallido y se sintió un poco abatido. Se dirigió al exterior para que el aire refrescase un poco su mente. Mientras, continuaba con sus reflexiones internas: “La verdad es que hace meses que no se dedica tiempo a sí mismo. Se cree con el control total de la situación, pero no se da cuenta que el tiempo pasa y nada cambia. Debemos aprovechar los momentos en los que está fuera de su mundo habitual, cuando tenga la mente desconectada de todos los asuntos cotidianos”.

–Mire maestro, está paseando por el bosque, este puede ser un buen momento. ¿Recuerda cuantas cosas le transmitimos en el pasado mientras caminaba por la montaña?

–¡Perfecto, ahora pequeño! Unos brotes de salvia y un poco de milenrama –se apresuró a indicar Nilrem.

–Pero maestro, eso ya lo intentamos la semana pasada y no sirvió de nada.

–La semana pasada era la semana pasada –le respondió Nilrem–, pero ahora es ahora. Debes aprender que mucho más que los ingredientes, lo que realmente importa es la elección del momento. En eso todavía te pareces a los humanos; preocupándose siempre de si sus decisiones son, o no, acertadas y no dándose cuenta que lo acertado de las mismas depende sobre todo del momento en el que deciden tomarlas.